

XII Premio de Expresión Plástica convocado por la Fundación Ramón J. Sender y el Centro de la UNED de Barbastro

El 28 de junio de 2021 se ha fallado el XII Premio de Expresión Plástica convocado por la Fundación Ramón J. Sender y el Centro de la UNED de Barbastro, al que en esta convocatoria se habían presentado un total de 364 propuestas artísticas, de entre las cuales 33 han sido seleccionadas para la realización de una exposición que podrá verse en la Sala Goya de la UNED de Barbastro en noviembre de 2021. El jurado, compuesto por Manuel García Guatas, Ángeles Pérez Esmiol, Jesús Pedro Lorente Lorente, Antonio Latorre Palacio, y Clara Abós Claver, decidió por unanimidad otorgar el segundo premio, dotado con 2.000€, a la artista Sylvia Pennings por la obra *Ramas*, acrílico sobre lienzo de 130 x 162 cm, y el primer premio a la obra de Lina Vila titulada *Todos afanados como insectos procurando una compañía*, lápiz y acuarela sobre papel, 113 x 113cm, que recibirá 3000€ y realizará una exposición individual en la Sala Francisco de Goya de la UNED de Barbastro. ¡Enhorabuena a las dos premiadas y a todos los artistas cuyos trabajos han sido seleccionados!

Acto de homenaje a Manuel Pérez-Lizano y presentación de su antología

Se llenó el aforo de la galería acristalada del Instituto Aragonés de Arte y Cultura Contemporáneos Pablo Serrano, pero mucha gente siguió también desde los espacios contiguos el acto de homenaje y la presentación del libro dedicado a nuestro compañero Manuel Pérez-Lizano que tuvo lugar el martes 29 de junio a las 19:30 h. La Presidenta de la Asociación Aragonesa de Críticos de Arte, Desirée Orús, abrió el turno de intervenciones con un

elocuente elogio de la persona y la trayectoria profesional de quien le precedió en el cargo al frente de AACAA y fue también Vicepresidente de AECA, siendo en la actualidad vocal en la Junta Directiva que este año termina su mandato. Como en el caso de otros destacados socios veteranos y que han ocupado puestos relevantes en nuestra asociación, se le ha querido rendir un homenaje festivo, que en esta ocasión ha podido culminarse con la edición de un hermoso libro al cuidado de Paco Rallo, compilando una selección de reseñas de exposiciones, escogidas por Jesús Pedro Lorente, director de la revista *AACA Digital*. Tomó la palabra a continuación el profesor Lorente para agradecer a Paco Rallo su excelente labor, al Instituto de Patrimonio y Humanidades de la Universidad de Zaragoza su ayuda económica y a editorial Aladrada su soporte empresarial, explicando seguidamente que hubiera sido muy difícil plantear una antología que abarcara toda la trayectoria del homenajeado como colaborador en un amplio elenco de revistas y diarios de ambos lados del Atlántico, por lo que se tomó la decisión de editar una recopilación de algunas de sus muchas colaboraciones en la propia revista de la Asociación, de la que ha sido desde sus inicios a hoy el más prolífico y constante colaborador. Y por fin cerró el acto el homenajeado, con emocionadas palabras de agradecimiento y simpáticas anécdotas, sorprendiendo a todos al declarar que no sólo va a continuar escribiendo reseñas para la revista *AACA Digital*, sino que tiene en espera una larga lista de publicaciones previstas, siendo la más cercana una historia en dos volúmenes del arte aragonés contemporáneo. Tras lo cual, con envidiable vitalidad y mucha paciencia, se puso a firmar ejemplares de su antología crítica a una larga fila de admiradores y amigos, cada uno con su dedicatoria personalizada. El libro se repartió gratis a los socios de AACAA y se venderá en librerías, pero dentro de unos meses estará también disponible en la web de AECA: <https://aicaspain.org/libros-editados/>

El arte poético y socialmente comprometido de Ricardo Calero

“Ricardo Calero. Espacio del sentir” es el expresivo título de esta gran exposición comisariada por Rosina Gómez-Baeza y Lucía Ibarra, visitable del 7 de mayo al 4 de julio de 2021. Se trata de una amplia retrospectiva en la que por fin se muestra en Zaragoza una selección representativa de la dilatada carrera creativa de Ricardo Calero, nacido en Villanueva del Arzobispo (Jaén) en 1955, pero residente en Zaragoza desde su infancia e intensamente activo desde hace años en Fuendetodos, donde tiene su taller, a la sombra de su admirado Goya; pero que casi despliega su actividad expositiva y su proyección triunfal más en el extranjero que en estos

pagos. Ya teníamos muchas ganas sus paisanos de poder visitar una gran exposición como ésta, que revisa su trayectoria artística desde 1984. Hay más de un centenar de obras, incluyendo esculturas, dibujos y collages, obras gráficas y pictóricas, fotografías y dos vídeos, que se agrupan por conjuntos o series en siete “estancias temáticas” para estructurar los contenidos por diferentes espacios y sensibilidades, tal como el título de la muestra indica.

Calero es un poeta visual y un artista conceptual, que nos invita siempre a la reflexión mental e interpela a nuestros corazones con un sutil equilibrio de carga filosófica y sentimental. Ha corrido un gran riesgo al llevar su característica poética intimista en un espacio tan grandilocuente y multitudinario como la Lonja, pero las piezas presentadas son muy potentes y basta seguir la mirada y conversaciones de los visitantes para comprobar que sintonizan con lo que el artista ha querido transmitir gracias a su hermosa manera de comunicarlo. Como el retraimiento estético no está reñido con el activismo social, cada uno de los hitos de la exposición va conjugando alternativamente apuestas creativas situadas entre ambos extremos, representados en una dialéctica materia/vacío, presencia/ausencia, sombra/luz, etc. Los títulos de cada sección van llevándonos de la mano en ese recorrido por las etapas del artista y su caracterización terminológica. La primera estancia se titula “Ausencias”, la segunda “Vacíos del silencio”, la número tres “Pulsiones de luz”, la cuarta “Al Alba”, la quinta “Sueños en el mar”, la sexta “Memoria del Natural”, y la séptima “Pensar el sentir. Diálogos”. A lo largo de esos hitos se puede comprobar cómo el artista ha permanecido fiel a un lenguaje personal y a un fuerte compromiso político-social e incluso ecológico, pues la naturaleza ha sido siempre muy importante y hasta coprotagonista en algunas de sus obras. De hecho, muchas de sus performances y acciones artísticas se han desarrollado en espacios naturales, como cuando lanzó al Mediterráneo 365 copias de su pasaporte, de las cuales solo 78 pudieron ser

rescatadas, varadas en playas turísticas, rotas entre escarpadas rocas o flotando a la deriva: todo un homenaje a los emigrantes que se juegan la vida para venir a nuestras costas, a las que muchas veces no llegan.

En mi opinión, la mayor dificultad y el mayor éxito de esta exposición ha sido precisamente saber trasladarnos la memoria de tantas intervenciones en eventos *site specific*. Quienes no hemos podido seguir la carrera de Calero en Alemania, Canadá, Italia u otras partes del mundo, nos hacemos aquí una cabal idea de conjunto. En realidad, todo el montaje es una gran instalación artística, en la que el protagonista –genio y figura– no ha resistido la tentación de intervenir un espacio tan señero –pues exponer aquí constituye el culmen triunfal para cualquier creador en nuestro sistema artístico local–; pero lejos de intimidarle, ha inspirado un gesto provocador en nuestro protagonista, que en el ingreso ha roto parte del panelado que se usa como soporte expositivo, para que aparezca a la vista una columna anillada renacentista. Ojalá este gesto sea entendido en toda su pregnancia museográfica por los responsables municipales. La Lonja es un hermoso monumento histórico y un sublime escenario artístico, que no merece la pena cancelar: el genio de Goya está más presente en exposiciones de artistas como Ricardo Calero que en esa nueva instalación permanente de goyas en reproducciones digitales de la que se ha hablado como proyecto de futuro.

Cuadros de Eduardo Lozano. Obras de Jorge Isla

En la galería Cristina Marín, desde el 5 de mayo se puede visitar la exposición del pintor Eduardo Lozano. Muy variados

formatos y óleo sobre tela. Gruesas texturas de gran dificultad técnica resueltas con absoluta precisión.

Tenemos paisajes con playa mediante suaves o fuertes colores, con bañistas en el agua o sobre la arena. Refleja con precisión un mundo de sensaciones. También se interesa por los paisajes de montaña con bosques o bosques y ríos. Salvo alguna excepción predominan los colores llamativos que multiplican las cambiantes sensaciones emanando del propio paisaje.

Artista que no falla y del que esperamos nuevas aportaciones temáticas en un futuro a determinar. Le esperamos.

En la galería Antonia Puyó el 9 de mayo se inauguraba la exposición de Jorge Isla (Huesca, 1991), con impecable prólogo de Virginia de Diego. Obras de mediano y pequeño tamaño, con formato cuadrangular y rectangular.

Estamos, como indica Virginia de Diego, “ante pantallas de móviles ‘rotos’ recuperadas e instaladas a modo de *patchwork* sobre un canvas a pared. ¿Qué ha podido provocar las roturas en cada uno de los dispositivos?”. El caso es que en cada obra tenemos numerosos móviles en tonos brillantes con predominio del negro, blancuzcos y en ocasiones con manchas irregulares de azules como contraste. La realidad es que la exposición brilla por su categoría y, encima, con un mismo tema que se repite en cada obra. Vibra un tono misterioso. ¿De quién son los móviles?, ¿Cuándo y dónde los perdieron?, ¿Fueron comprados por el artista?

García Abrines, Gastón, Anós

En el Paraninfo, desde el 19 de abril, triple exposición con Luis García- Abrines, Emilio Gastón y Mariano Anós como estupendos protagonistas con su implícita variedad formal. Presentación de José Antonio Mayoral Murillo y prólogos de Nacho Escuin y Alejandro J. Ratia.

Luis García-Abrines (Zaragoza 1923 – New Haven, Connecticut, EEUU, 2016). Antes de un breve comentario sobre su obra conviene recordar una anécdota: Un día me comentó que encima del armario de su dormitorio tenía un ataúd. El caso es que el diario *Heraldo de Aragón* publicó una esquela con la muerte del artista tras recibir una carta firmada por su esposa. A los pocos días aparecía el artista en el diario para anunciar que había resucitado. Nos parece inútil un amplio comentario sobre su muy abarcadora obra mediante imaginativos y maravillosos *collages* que nadie ha superado. En dicha calidad cabe citar a Alfonso Buñuel.

Emilio Gastón aporta varias esculturas abstractas geométricas, expresionistas o ambas combinaciones. Fuerza y sentido de la composición.

En cuanto a Mariano Anós participa con carboncillos sobre papel, negro sobre fondo blanco, algunos muy logrados y técnica mixta sobre papel.

José Verón, Pilar Sagarra y María Victoria Arbeloa.

En la galería A del Arte, desde el 9 de junio se puede visitar la exposición de José Beulas. Tenemos 22 muy excelentes serigrafías y numerosos cuadros de diferentes tamaños. Todavía recordamos una exposición en la CAI-Luzán basada en cuadros de intensos colores rozando la abstracción. El caso es que tenemos algunos paisajes casi abstractos, otros con el Sol o la Luna como protagonistas, con árboles y bodegones. Muy buena exposición repleta de sugerencias.

En la galería A del Arte se inauguraba el 28 de abril triple exposición con José Verón Gormaz, Pilar Sagarra y María Victoria Arbeloa como protagonistas.

La muy dilatada trayectoria de José Verón Gormaz, desde 1977, enlaza de nuevo con la exposición Abstracciones. Excepcional y variado sentido del color, desde el explosivo al matizado, mediante obras de mediano tamaño. Si una obra es una pared desconchada con su variedad formal, a destacar las abstracciones geométricas, con cuadrados y rectángulos, y numerosas a través de abstracciones expresionistas atravesadas de múltiples sugerencias.

Pilar Sagarra pone bajo el título Pensamientos su obra, realizada entre 2020 y 2021. Impecable y aclarador prólogo de Julia Sáez-Angulo. Numerosos cuadros de pequeño y gran formato, que atraviesa mediante colores explosivos muy bien combinados. Como temas tenemos una pareja riendo y otra besándose con ternura, sin olvidar una figura femenina fumando en actitud pensativa con cierto toque de tristeza, sin olvidar otra paseando con un niño que gira la cabeza. Todo se completa con una vista del mar desde una mesa con copas y otra más pequeña.

En cuanto a María Victoria Arbeloa, con prólogo de Elena Santiago, lleva 18 esculturas en barro, con la mujer como

protagonista. Figuras con dos meninas, con recién nacidos en dispares posturas y solitarias con el cuerpo entero o solo la cabeza. Buena técnica al servicio de entrañables temas.

Muy variada exposición con dispares temas que se complementan para atrapar la mirada sin descanso.

Francisco Pradilla: Realidad y obsesión hecho arte

Los grandes genios son siempre difíciles de encasillar, por eso sus figuras son tan atractivas, porque suponen una constante ruptura del estilo característico. El arte de Pradilla, fuera de las corrientes de las vanguardias históricas e inscrito en un estilo tardorromántico, nunca faltó a una extraordinaria calidad, que lo situaba entre los maestros españoles más sobresalientes del último tercio del siglo XIX y principios del XX. Buena prueba de ello fueron las distinciones y premios que a lo largo de toda su vida recibió, y recordaremos que el gran periodista Mariano de Cavia, le citaría como “el mejor pintor aragonés después de Goya”, Su clientela que estuvo formada por toda la alta burguesía, la nueva y la vieja aristocracia y el propio Estado. La estrella que fue Francisco Pradilla comenzó a brillar un 24 de julio de 1848, en la localidad zaragozana de Villanueva de Gallego, en una humilde casa de la carretera que conducía a la capital aragonesa, entonces llamada calle del Paso, número 42. Era el segundo de seis hermanos, cuyos padres eran Miguel Pradilla Pina, natural de Villanueva de Gallego y Martina Ortiz Ortiz, natural de Tardienta (Huesca).

De extracción social baja, y tras pasar los primeros años de vida en su localidad natal, marchó a Zaragoza, donde en 1859

se encontraba domiciliado en la calle del Coso, número 35, para cursar estudios en el Instituto de Bachillerato, donde aprobaría el primer curso y se matricularía en un segundo que no pudo llegar a concluir, debiendo de abandonar los estudios a los 13 años de edad, el motivo, posiblemente fuese económico, pues como le recordaría muchos años después al pintor local Gascón de Gotor "falto de todo apoyo y sin recursos tuve que dejar el instituto para ser pintor de puertas". Debido a sus aptitudes para el dibujo, en el año 1861 empezaría a trabajar como ayudante en el estudio-taller del escenógrafo y pintor Mariano Pescador. Esta primera formación, sería completada en la Escuela de Bellas Artes de San Luis, donde recibiría lecciones de los académicos Eustasio de Mediana y Bernardino Montañés (pintura) y Antonio Palao (escultura). Una vez obtenida la primera formación zaragozana, y posiblemente apoyado por Pescador, en 1866, abandonará Pradilla la ciudad de Zaragoza para trasladarse a Madrid, alojándose en casa de su tío Simón Pradilla, en la calle de Leganitos 35, con el objetivo de completar su formación, ahí entrará a trabajar en el taller de los escenógrafos y pintores decoradores Augusto Ferri y Jorge Bussato, y con el apoyo de su paisano el escultor Ponciano Ponzano, prepararía su ingreso en la Escuela Superior de Pintura, y Escultura, a su vez decide completar sus estudios en el estudio de Federico Madrazo y en las clases nocturnas de la Agrupación de Acuarelistas. Durante esos frenéticos primeros años, Pradilla colaboraría con algunas revistas como *La Ilustración de Madrid* o para *La Ilustración Española y Americana*.

En 1873 la Academia Española de Bellas Artes de Roma, convoca las primeras plazas de pensionado. El joven pintor, que por entonces tenía 25 años, y tras pasar las correspondientes pruebas, alcanza una de las plazas de pensionado de número por la pintura de historia, por un periodo de tres años de estancia en Roma, tomando posesión de su pensionado el 1 de abril de 1874, conviviendo con los españoles Alejandro Ferrant

(pensionado de mérito) y Castro Plasencia (pensión de número).

La fama excepcional del artista villanovano, despertó gran interés de los paisanos aragoneses, encargándole ese mismo año su amigo Agustín Piero y Sevil, concejal del consistorio zaragozano, dos retratos de los reyes de Aragón, Alfonso I el *Batallador* y Alfonso V el *Magnánimo*. En febrero de 1880, la Academia de Bellas Artes de San Luis, le nombrará académico correspondiente. Pradilla, en estos momentos se encuentra en su cenit. El 19 de junio de 1878, el Marqués de Barzanallana, Presidente del Senado, le encarga la ejecución de un gran lienzo con el tema *La Rendición de Granada*, obra que le consagrará artísticamente, y mientras ejecutaba la obra encargada para el Senado en Roma, dirigirá durante un breve paréntesis, entre septiembre de 1881 y abril de 1882, la Academia de Bellas Artes de Roma, sustituyendo en la dirección a Casado de Alisal. El éxito alcanzado de *La Rendición de Granada* permite que el Gobierno Español le concediera la Gran Cruz de Isabel La Católica, por ello la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza felicitaba al artista y le nombraba Académico de Honor. La intensa actividad pictórica del artista, se complementa con algunas de las mejores composiciones salidas de su firma, para los techos del nuevo Palacio de los marqueses de Linares de Madrid, obras de grandes dimensiones que realizará al óleo en Roma en 1886. Pero la desgracia caerá sobre su familia, la quiebra de la casa de banca de Ángel Villodas, en la que tenía depositados todos sus ahorros, unas 236.000 pesetas, no pudiendo recuperar más que 18.000 pesetas después de nueve años de pleitos, esto sumado a muerte de su hija Isabel, cuando la niña contaba con tres años de edad, haría que el artista cayera en una terrible crisis. Sólo el trabajo y el apoyo familiar, hicieron a Pradilla volver a levantar cabeza. En 1896, se le ofrece a Pradilla dirigir el Museo del Prado al fallecimiento en enero de ese mismo año, de su director Vicente Palmaroli, curiosamente sustituía Pradilla a quien le sustituyo a él, trece años antes, en la dirección de la Academia Española de

Bellas Artes de Roma. Cargo que no ocuparía hasta enero de 1897. En busca de un acomodo confortable para toda su familia y estudio, adquiriría una villa de estilo neo-árabe en la esquina formada por la calle de Quintana con el Paseo Rosales, con una amplia vivienda provista de distintas habitaciones y un pabellón que podía dedicar para estudio. Pradilla se encontró muy pronto atrapado por las limitaciones administrativas y por un personal elegido por recomendación y a capricho, además tuvo que combatir los ataques de que fue objeto por parte de la prensa, tras la desaparición de un pequeño boceto de Murillo *Santa Ana enseñando a leer a la Virgen María niña*. El 29 de julio de 1898 Pradilla cesó de su cargo, ocupándolo el pintor Luis Álvarez Catala, hasta entonces subdirector, candidato del ministro, y al parecer, protegido de la Reina Regente.

A sus cincuenta años, cansado y escarmentado, su reacción ante esta situación sería firme: jamás volvería a ser instrumento de intereses oscuros. Su aislamiento se irá haciendo poco a poco más consciente, sin mostrar en exceso su obra, ni formar discípulos, dedicándose por entero a su pintura y a la venta de sus obras a los marchantes. Su relación con su tierra natal era prácticamente inexistente, algunas horas en Zaragoza, donde viviera sus años de juventud, para continuar sus viajes a Madrid o Roma, algunos viajes al balneario de Alhama de Aragón (Zaragoza) y al Monasterio de Piedra, donde tomaría apuntes de paisajes en los que enmarcará algunas de las más hermosas pinturas mitológicas como *La lectura del Anacreonte* o *Pasando el arroyo*. Aún así Pradilla seguía siendo considerado como una "gloria zaragozana". Pradilla se había convertido con los años en una sombra, en un recuerdo, en una mole de amarga celebridad. Desde 1917, la salud del artista iba minando poco a poco sus facultades físicas, reconcentrándose más en su última serie de obras, *Las manolas* en la calle Alcalá, trabajando sin descanso. Cuando la parca decidió cerrarle definitivamente los ojos el día de Todos los Santos de 1921, a los 73 años, a causa de una

arterioesclerosis generalizada, muchos se quedaron estupefactos, pues pensaban que el artista hacía tiempo que se peleaba con la eternidad de la muerte en el laberinto de las tinieblas.

El Gobierno de Aragón, a través del Museo de Zaragoza, hace su particular homenaje a la figura de Pradilla en el año del centenario de su fallecimiento con la exposición temporal que lleva por título: *Pradilla y la pintura. Contexto de una obsesión*. La muestra comisariada por Marisa Arguís, conservadora del centro, incluye una treintena de piezas entre obra gráfica, óleo y escultura; recoge las diferentes etapas del artista aragonés, desde su formación temprana en Zaragoza y Madrid, su posterior paso por Roma, su fase como director del Museo del Prado y el reconocimiento de su obra, hasta su obsesión por la reina Juana I de Castilla y sus últimos trabajos. En la primera parte de la exposición el visitante puede apreciar una selección de obras de Pradilla procedentes de los fondos del Museo de Zaragoza, entre las que destaca el *Autorretrato* realizado en 1887 y los retratos de *Doña Pilar Villanova* (1814) y el de su cónyuge *D. Mariano Royo Urieta* (1905).

Compañeros, discípulos y amigos

En este segundo bloque se presenta una selección de obras procedentes de distintas instituciones de artistas que tuvieron una relación directa con Pradilla; desde Ponciano Ponzano, Joaquín Sorolla, quien se proclamó públicamente discípulo de Pradilla, Alejandro Ferrant, José Casado del Alisal o Juan José Gárate, que incluyó a Pradilla en ese magnífico retrato colectivo titulado *Vista de Zaragoza*, que guarda como si de un tesoro se tratase la Diputación Provincial de Zaragoza, entendiéndose como una muestra más de afecto y admiración de Gárate hacia el artista de Villanueva de Gallego.

La reina Juana I de Castilla: una obsesión

El tercer y último bloque de esta exposición está dedicado a esa obsesión que para Pradilla fue la reina Juan I de Castilla. Durante el tercer y último año de pensionado, Pradilla prepararía el primer gran éxito de su vida *Doña Juana la Loca*, obra presentada a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1878, recibiendo la primera medalla de Honor, obteniendo la misma obra importantes reconocimientos en distintas exposiciones como la Universal de París celebrada el mismo año. La obra cumplía con los gustos tardorrománticos del género: la locura por desamor, la pasión amorosa no correspondida. La fuente literaria la encontró Pradilla en un pasaje de la *Crónica* de Pedro Mártir de Angleria, que refiere la locura de la reina durante la traslación del cadáver del monarca consorte a finales de diciembre de 1506 desde la Cartuja de Miraflores, en Burgos a la Catedral de Granada. El éxito de esta pintura motivó la reproducción de la misma en muy diversas técnicas: fotografía, estampa e incluso relieve troquelado. Adquirido el cuadro por el Estado a propuesta del Ministerio de Fomento, en la actualidad se encuentra en el Museo del Prado. En esta parte de la exposición destaca el lienzo *La reina Juana La Loca recluida en Tordesillas junto a su hija la infanta Catalina* (1907), depósito del Museo del Prado en el museo zaragozano y el hallazgo en los almacenes del Museo de Zaragoza de la plancha de madera *El hogar de una casa propiedad del duque de Frías en Ocaña* (1871) que se empleó para reproducir en uno de los números de la revista *La Ilustración Española y Americana*.

Pintores aragoneses en el

París de la Belle Époque

Guillermo Juberías Gracia (Zaragoza, 1994) es Graduado en Historia del Arte y Máster en Estudios Avanzados en Historia del Arte por la Universidad de Zaragoza; miembro del grupo de investigación Observatorio Aragonés del Arte en la Esfera Pública; también es miembro y colaborador habitual de esta revista. En la actualidad, Juberías está realizando una tesis doctoral, dirigida por Jesús Pedro Lorente sobre la estela de Goya en la pintura de género desde Marcelino de Unceta a Zuloaga. Esta breve mención a su currículum, no es más que para poner en antecedentes al lector sobre este *spin off* de su tesis que a finales del año 2020 le publicó *Rolde de Estudios aragoneses*, titulado *Entre la bohemia y el Salón. París y la Pintura de Género Aragonesa (1870-1914)*.

Este libro trata de manera amena y divulgativa la cuestión de los pintores que, en la segunda mitad del siglo XIX, dejaron Aragón para residir temporalmente en París. Para ello el libro aborda las biografías de seis pintores: Félix Pescador, Joaquín Pallares, Germán Valdecara González, María Luisa de la Riva, Mariano Alonso-Pérez Villagrasa, y Máximo Juderías Caballero, ordenados cronológicamente según su llegada a la capital francesa.

Un poco de historia.

A comienzos del siglo XIX, el país vecino acogió en los últimos años de sus vida a Francisco de Goya, el pintor aragonés más universal. El maestro de Fuendetodos llegó a Burdeos en la primavera de 1824, realizando una estancia en París en el verano de ese año. Curiosamente, en Francia, siguió tratando asuntos de género de inspiración española, concediendo especial atención a la tauromaquia, al universo de los majos y majas presentes en muchos dibujos franceses y la representación de oficios como se aprecia en *La lechera* (Ca. 1828).

En la segunda mitad del siglo XIX, las relaciones entre Francia y Aragón se intensificaron, haciéndose más frecuentes los viajes transfronterizos y surgiendo la idea de conectar por ferrocarril Zaragoza con el Mediodía francés, materializándose en la firma de varios convenios a comienzos del siglo XX y culminando en la conmemoración de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 y la inauguración de la estación internacional del Canfranc en 1928.

El modelo decimonónico de la Academia.

Los pintores aragoneses en la segunda mitad del siglo XIX iniciaban su formación artística en la Academia de San Luis o en las escuelas privadas zaragozanas, continuándola en Madrid. Posteriormente viajaron fuera de España (a Roma o París fundamentalmente), gracias al disfrute de una pensión, a la ayuda de sus familias o a un empeño personal. Intentaron asentarse con mayor o menor éxito en el ambiente artístico de estas capitales europeas, mientras iban pagando con obras de arte el disfrute de sus pensiones y mandando cuadros a las exposiciones nacionales. Finalmente, el aprendizaje adquirido en estas grandes ciudades les permitió regresar a España, para vivir en Madrid o Barcelona, pues Zaragoza seguía sin tener un mercado de arte lo suficiente activo como para acabar sus días viviendo de encargos. Francisco Pradilla se convirtió en el modelo a seguir para aquellos artistas que buscaron su fortuna fuera de nuestra ciudad.

Una nueva oportunidad.

El París que acogió a los artistas aragoneses en la segunda mitad del siglo XIX no sólo ejercía la capitalidad artística de Europa, sino que además, era la ciudad con los inventos científicos más novedosos y la capital del comercio mundial. En ella nacieron formulas de ocio y de consumo hasta entonces desconocidas que rápidamente fueron imitadas en el resto del mundo occidental. Una vez en París, estos artistas trataban de acceder al taller de alguno de los maestros académicos para

asegurar su presencia en los salones oficiales y, de esta manera, asentar su fortuna comercial. El arte más practicado por los artistas aragoneses en París fue la pintura de género, explotando asuntos anecdóticos que, en ocasiones, tuvieron inspiración española como había sucedido con Goya, y otras veces se adaptaron a las modas del arte francés, en el que imperó la visión nostálgica sobre los siglos XVII y XVIII y las alegres vistas de bulevares parisinos de la *Belle Époque*.

De la lista de autores aragoneses que aparece en este libro, podemos dividirlos en dos grupos. Los que triunfaron: María Luisa de la Riva mantuvo una relación estrecha con la élite cultural parisina de finales de la centuria, logrando prestigiosas condecoraciones y formando parte de abundantes asociaciones de mujeres artistas, adoptando un rol activo en las iniciativas feministas de la época. Por su parte, Félix Pescador -el único de todos estos artistas, que acabó sus días en la capital francesa-, fue un adalid del retrato elegante y supo aprovechar las buenas relaciones que su familia poseía en España, aumentándolas en Francia, gracias a su labor artística, llegando a donar su lienzo más famoso *El sueño del soldado*, o parte de su colección de cerámica francesa y española. Pallarés -único artista que regresó a su tierra y murió en Zaragoza- supo adaptarse a las tendencias comerciales del cuadro de género, produciendo una cantidad ingente de obras de arte, muy bien adaptadas al gusto de la burguesía parisina de la época. Mariano Alonso-Pérez, del grupo de los aragoneses aquí investigados fue el que mayor fortuna tuvo, viviendo varias décadas en la capital francesa, residiendo en los mejores barrios. Vendió decenas de cuadros y comercializó con los derechos de reproducción de sus obras, llegando a ser uno de los artistas españoles más reproducidos a través del grabado. Su labor como ilustrador le llevó a diseñar portadas de *Vogue* o *Le Fígaro Ilustré*. También consiguió fama en la organización de espectáculos para importantes salas como el Folies Bergère. Junto a sus hijos Carlos y Mariano ideó un espectáculo llamado el "Autobólido",

consistente en un vehículo que, en el interior de un teatro, era lanzado al vacío recorriendo una parábola mortal.

Y en el segundo grupo están lo que artistas que lo intentaron, pero que no lograron triunfar: Germán Valdecara, quién después de haber logrado un reconocimiento considerable en España, tuvo el arrojito de probar suerte fuera de nuestras fronteras. Su desenlace no fue afortunado, muriendo en la pobreza y quedando en el más absoluto olvido historiográfico. Sin embargo, sus obras han seguido apareciendo en el mercado del arte durante las últimas décadas. Y Máximo Juderías Caballero, un artista que no consiguió dar a su pintura una evolución que le permitiese vivir dignamente tras la pérdida de su residencia parisina como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Viéndose obligado a regresar a España. Establecido en un pueblo de la provincia de Barcelona, falleció a mediados del siglo XX solo, pobre y olvidado por el mundo del arte, sin ser recuperado por los historiadores del arte hasta hace algunos años.

Si los artistas aragoneses mencionados en este libro dejaron poca huella en Aragón, ahora hay esperanzas de que su fortuna crítica y expositiva sea relanzada, como ha ocurrido ya con María Luisa de la Rivas. Sus cuadros de flores han vuelto a ser mostrados y admirados entre nosotros.

Una nueva revisión de la actividad artística de Oscar Domínguez

La reciente publicación que ha aparecido sobre Óscar Domínguez de la mano de José Carlos Guerra bajo el título *Óscar*

Domínguez. Obra, contexto y tragedia (2020), viene a completar la amplia bibliografía de la producción artística del pintor canario aparecida hasta el momento. En verdad, dice el autor, estas publicaciones se han centrado más en la obra del pintor que en su propia actividad artística, y esta es la labor que se ha propuesto acometer en este amplio y voluminoso libro de unas cuatrocientas cincuenta páginas que está generosamente ilustrado. Decide reconstruir la vida de Domínguez desde sus inicios hasta el final de su vida; rescata y profundiza en las veintiuna exposiciones individuales y en otras colectivas en las que participa. Sigue el camino que este trazó por diversos países, empezando por París y siguiendo por Inglaterra, Italia y Checoslovaquia. Ante todo, lo que se plantea el autor es sacar a la luz la parte menos conocida de Domínguez; temas que tratan sobre el artista y su obra, como las imitaciones o la influencia de su pintura.

El resultado de este libro surge con motivo de unos cuatro años de investigación, con la visita a diferentes archivos de diversos países que ha dado lugar a un concienzudo trabajo que se puede ver en la exhaustividad con la que recoge numerosos datos, la compilación y el tratamiento de los mismos. No solo se centra en su obra, en los textos que Domínguez escribió y en sus aportaciones como escenógrafo, sino que analiza la recepción crítica que tuvo su obra, la revalorización que fueron alcanzando sus trabajos y la cotización de su pintura.

La estructura de esta publicación sigue un orden cronológico ordenado en diecinueve capítulos que presentan cada una de las etapas más destacadas del pintor, desde 1934, momento determinante en el que Óscar Domínguez decide vivir de la pintura, hasta 1957, el año trágico de su muerte. José Carlos Guerra emprende este estudio por la aproximación que siente por este trabajo artístico. Destaca de él el gran embajador que fue de Canarias, en sus encuentros con otros artistas en París donde siempre hizo gala de su origen y su lugar de procedencia.

En este sentido, podríamos decir que la originalidad de este libro, es el enriquecimiento que otorga a la trayectoria del pintor dando a conocer, con un análisis detenido, los aspectos más determinantes de la faceta artística y la personalidad de Domínguez. Un análisis que se hace desde una perspectiva periférica. En este sentido, destacaremos que la aportación más relevante de este estudio es el vínculo que mantuvo el pintor con instituciones con las que estuvo en contacto para adquisiciones o exposiciones, entre las que se encuentran el Estado francés, los museos y las galerías francesas; pero llegó también a ciudades americanas como la Wildenstein Gallery de Nueva York o el Institute of Contemporary Art de Boston. En definitiva, esta publicación en la que colabora el Gobierno de Canarias y Tenerife Espacio de las Artes (TEA), pasa a convertirse en un libro de referencia por hacer una revisión completa del reconocido e internacional pintor español que, sin duda, ocupará un lugar destacado entre la bibliografía aparecida hasta la fecha.

Sous le fil: el arte textil en la colección Charles Cordier y Les Abattoirs

El trabajo del textil desde pretensiones artísticas ha sido una constante en el ser humano desde la Antigüedad. Sin embargo, hubo que esperar hasta el siglo XIX para que estas creaciones fuesen consideradas bajo la categoría de obras de arte. Teóricos como William Morris defendieron la entidad artística de disciplinas anteriormente calificadas despectivamente como artes menores. Fue a raíz de estas reivindicaciones y al albor de nacimiento de museos de artes

decorativas como el South Kensington Museum en Londres (actual Victoria & Albert Museum) y de las escuelas de diseño modernas cuando numerosos artistas contemporáneos pasaron a interesarse por las posibilidades que ofrecía el textil a la hora de canalizar su creatividad. En este sentido, célebres creadores del siglo XX integraron en sus obras plásticas los tejidos de diferentes materiales y algunos autores se dedicaron por completo al arte textil.

Por primera vez en sus dos décadas de actividad expositiva, el centro de arte contemporáneo Les Abattoirs de Toulouse dedica una muestra por completo al arte textil. Buena parte de las piezas proceden de una colección perteneciente al Centre Georges Pompidou depositada desde 1999 en Les Abattoirs. Se trata del acervo del activista, marchante e historiador del arte bordelés Daniel Cordier (1920-2020), conocido por haber sido una de las cabezas visibles de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, por haberse dedicado al coleccionismo y a la crítica de arte, al mismo tiempo que a la reivindicación de los derechos del colectivo LGTBI.

La muestra nos presenta la versatilidad del tejido a la hora de ser trabajado desde el punto de vista artístico. Podemos contemplar fibras tejidas, cortadas, extendidas, deshilachadas, bordadas, pintadas, dibujadas, etc. Todo ello planteado en forma de diálogo entre una colección de tejidos históricos de diferentes partes del mundo y las obras contemporáneas realizadas por artistas de muy diversas disciplinas.

El arte textil ofrece la posibilidad de ser analizado desde puntos de vista diferentes, tal y como comprobamos en la exposición. Las reflexiones sobre lo doméstico –ámbito generalmente reservado al arte textil– suelen estar presentes, incardinándose con los discursos de género. Por un lado, el textil ha sido trabajado tradicionalmente por las mujeres, tanto en el entorno del hogar como profesionalmente en los

talleres. Y por otro, a través de la ropa y de la industria de la moda, se han generado abundantes cánones sobre la masculinidad y la feminidad, construcciones artificiales que han sido desmontadas en las últimas décadas por los creadores que utilizan el cuerpo como espacio de lucha.

Entre las propuestas recogidas por la exposición destacan autores como la mexicana Teresa Margolles (1963), autora de *Tela bordada: Sao Paulo I* (2019), una instalación textil en la que denuncia la violencia de género, en concreto la ejercida sobre las personas trans. A partir de la muerte de Priscila, una joven transexual de Sao Paulo, la artista llevó un fragmento de tejido al lugar en el que fue encontrado el cuerpo de la joven. Con la ayuda de diversos miembros de la comunidad LGTBI, la tela fue decorada con motivos bordados, evocando sentimientos como la esperanza o el duelo. La idea era sacralizar ese espacio de dolor y perpetuar la memoria de la víctima.

Entre las obras expuestas también ocupa su lugar el vídeo arte, de la mano de creaciones como la de Tracey Emin: *Sometimes the Dress is worth more Money than the Money* (2000-2001). La artista se convierte en la protagonista de su propia obra de vídeo arte y recrea un paisaje del *espagueti western* en el que va cambiándose de ropa, poniendo en cuestión la hipervirilidad de estos filmes.

Otras instalaciones sobresalen por su monumentalidad, es el caso de *Port Lympia* (1983) del artista de Niza Patrick Saytour. Se trata de una gran moqueta sobre la que se encuentran fijados trozos de cortinas de ducha, una mesa, una lámpara y fragmentos de cerámica de Vallauris.

Y como instalación reivindicativa y feminista sobresale la obra del colectivo de artistas *Présence Panchouette: La dégénérescence guette les avant-gardes* (1983). En ella, este colectivo en permanente lucha contra el sistema del arte nos presenta una tabla de planchar, una plancha con clavos

imitando a la de Man Ray y un jersey con la firma estampada de Picasso, agujereado y roto tras el paso de la plancha.

Por último, dentro de esta línea de irreverencia cabría destacar algunas fotografías como el magnífico retrato de Patti Smith por Robert Mapplethorpe de 1987, en el que la blusa de la cantante cobra todo el protagonismo.

Sous le filha sido programada a la vez que la exposición monográfica dedicada a la artista rumana Marion Baruch (1929), cuyos intereses también le han llevado a trabajar el arte textil, llegando a crear una marca de ropa para denunciar los aspectos más oscuros de la industria de la moda. El textil, aparentemente inofensivo, puede servir también como instrumento de denuncia, reivindicación y rebeldía, tal y como demuestra esta exposición.